

El hombre siguió hablando :

Eres hermosa, pero tu corazón es de cieno, como el de todas tus semejantes... Yo os maldigo, criaturas aborrecidas... Adiós, mujer; ¡cuanto daría yo porque mi navaja, al abrir tu cuello, pudiese acabar de golpe con la existencia de todas las de tu sexo!

Un segundo después el cuerpo de Julieta se desplomaba sobre el tapiz.

El carnicero de mujeres lavó cuidadosamente el collar de diamantes, la navaja y en último término sus propias manos, y hecho esto salió de la habitación tranquilamente, sin apresurarse.

Eran poco más de las dos de la madrugada cuando los tres Bozzo se encontraban en las inmediaciones del parque Monceau.

Constante, es decir, el conde de Hauster, llegaba del Círculo de la calle Royal.

El conde Francisco de Erute venía del restaurant Julien donde había cenado con Flavia la mulata en el gabinete japonés.

Cuanto á Enrique, conocido en todos los salones con el nombre de Enrique de Corpo-Santo, nos parece inútil decir que acababa de abandonar el gran Hotel.

A la puerta de su casa, separóse de sus hermanos diciéndoles sencillamente :

— ¡Hasta esta noche!

## XIII

## TOALETA DE MUCHACHAS

La Mi-Carême, fiesta eminentemente popular, cuya solemnidad principal consiste en la ruidosa exhibición de las lavanderas y vendedoras del mercado que se divierten á su modo durante algunas horas haciéndose conducir á través los bulevares en carruajes descubiertos, de todas las formas y de todas las épocas, presentábase aquel día, por lo que al estado del tiempo se refiere, bajo los más tristes augurios. El día en efecto amaneció obscuro, lluvioso, y no convidaba en modo alguno al popular regocijo.

Sin embargo, no hubo parisiense alguno que al despertarse y ver el mal cariz del tiempo pusiese en duda la salida de la cabalgata en procesión carnavalesca. Como la Mi-Carême no se celebra más que una vez al año, era de todo punto imposible aplazar la fiesta, que debía forzosamente desarrollarse con arreglo á la tradición, lo mismo si hacía frío que calor, con tiempo seco como con lluvia.

Aquel día presentábase lluvioso; pero ¿qué importaba el estado del tiempo? nada. Los aficionados á la bulliosa fiesta, en vez de ir á tragar polvo recorriendo los bulevares desde la Magdalena á la Bastilla, irían á llenarse de fango paseándose por los mismos sitios.

Nada pues temían, por lo que á la celebración del regocijado y público espectáculo se refiere, los infinitos aficionados á tal clase de fiestas; pero no sucedía lo mismo á los directores del teatro de la Opera, y á otra clase social para la que el día comienza no cuando sale el sol, sino cuando encienden los reverberos. Veamos porqué.

Desde las primeras horas de la mañana los periódicos habían llevado á todos los ámbitos de la ciudad el eco de una noticia verdaderamente estupenda.

El *carnicero de mujeres*, monstruo híbrido, insoprendible bebedor de sangre femenina cuyas coartadas, bien preparadas y de indudable comprobación, alocaban al público y paralizaban por necesidad el brazo de la justicia, acababa de cometer un nuevo crimen.

Su audacia sin límites, aparecía esta vez como de todo punto increíble.

No había en los anales del crimen precedente alguno de tal cinismo; la víctima, una hetiera conocida por el remoquete de *la Camarona* había sido asesinada en un establecimiento eminentemente parisiense, en el centro mismo de París, nada menos que en el piso primero del Gran-Hotel, reputado, con justicia, por la severidad de su servicio.

El crimen del Gran-Hotel emocionaba á todo el mundo. El público arrebatava los periódicos de manos de los vendedores, y las ediciones se sucedían rápidamente, aportando cada una de ellas nuevas detalles ó versiones nuevas del suceso, destinadas á modificar ó á completar las precedentes.

El cadáver había sido descubierto á las tres de la madrugada y á partir de esa hora todos los reporteros de la prensa, abandonando sus lechos respectivos, habíanse puesto en campaña, decididos, cada uno por su parte, á practicar una encuesta particular, para conseguir á cualquier precio un relato del crimen más completo y más interesante que los de los otros compañeros. Y esta noble emulación dió por fatal resultado una espantosa confusión de detalles y una admirable multiplicidad de versiones.

Distinguióse notablemente en esta lucha periodística

*El Alba*, publicación comanditada por el rico conde de Corpo-Santo con objeto de dar al público informaciones rápidas, y que aquel día hubo de excederse á sí misma dando una versión completísima del trágico suceso, adornada con inverosímil lujo de detalles completamente inéditos.

Toda la redacción había trabajado sin duda alguna en información tan estupenda; pero la idea genial por excelencia correspondía de derecho al secretario de aquella, quien bien enterado de las costumbres de las mujeres entre las cuales escogía sus víctimas el carnicero, habíase procurado el nombre y la dirección de la « amiga » de la víctima, pudiendo de este modo interrogar á la bella Flavia, una hermosa mulata, que le había contado una historia algo incoherente de que fuera teatro el jardín de Folies Bergère, informándole al mismo tiempo de la cena que ella había hecho en el restaurant Julien mano á mano con el hombre de quien se sospechaba fuese el autor del crimen.

Sea de ello lo que fuese, es lo cierto que el americano — otro remoquete del asesino — acababa de dar nueva fe de vida, y su última fechoría sembró el pánico entre las muchachas de vida alegre; y como éstas son precisamente las que acuden en masa á los bailes de máscaras y hacen derroche de trajes y de disfraces, se comprenderá fácilmente la perplejidad de los directores de la Opera, que presagiaban para aquella noche una entrada flojísima, y poco servicio por consiguiente en el restaurant.

A las tres, poco más ó menos, de la tarde de aquel mismo día, y en el cuarto que Yvona de Eparville ocupaba en casa de su tía la vizcondesa de Aubinisco, tenía lugar una especie de probatura general de trajes de baile.

La habitación era bastante espaciosa. Tal vez, si la vizcondesa hubiese presidido al arreglo de la misma, habría resultado amueblada con lujo, pero en cambio no hubiera sido posible contemplar en ella esas fruslerías, esas mil nonadas que denotan el buen gusto de una mano femenina aún poco experta.

Ocupábanla en aquel momento tres muchachas : las

hermanas Amy y Edmée de Kerbrioret y la hospitalaria Yvona.

La vizcondesa, sabiendo que las dos huérfanas se encontraban solas en el hotel del marqués su tutor, había tenido la idea de llevárselas á su casa, rogándoles se proveyeran de sus trajes de baile; y las dos hermanas, un tanto desorientadas, habían aceptado, como es consiguiente la invitación, con gran contentamiento de sus camareras respectivas, Claudina y Pauleta, quienes no tuvieron que insistir mucho para obtener, para todo el personal del marqués, permiso ilimitado de divertirse aquella noche.

Pero las horas del día se deslizan lentamente en todas partes, incluso en el cuarto de Yvona. Así lo pensaba Edmée, quien casi se arrepentía de haberse dejado invitar, y que, para pasar el tiempo, había propuesto jugar á las muñecas. Y como Yvona confesara con cierto embarazo que no tenía ninguna, la terrible muchacha hubo de exclamar:

— Bueno, pues haremos nosotras de muñecas, una después de otra. Vamos á vestirnos, y así pasaremos el rato.

La dulce Yvona, que no tenía nunca un no para nada ni para nadie, accedió gustosa al capricho de su amiga, prestándose por su parte Amy á los deseos de su hermana, quien para recompensarla decidió que ella sería la primera muñeca. Esto dió por resultado que aun no acabada la tarde, Amy se hallaba ya vestida y preparada para ir al baile. Su hermana habíala transformado en brevísimo tiempo mientras que los delicados dedos de Yvona arreglaban con verdadero arte su cabellera.

— ¿Está ya? — preguntó la turbulenta Edmée, que se movía mucho, como de costumbre.

— Sí, ya está; — contestó la sobrina de la de Aubinnesco arreglando aún un último rizo antes de abandonar su trabajo.

Edmée dió una vuelta completa sobre sus tacones arrastrando en el torbellino de sus faldas una silla á la que hizo valsar por fuerza.

— ¡Anda, mírate al espejo! — dijo á su hermana.

— Ahora estás guapísima; — murmuró Yvona extasiándose ante su amiga.

— ¿Ahora? — prorrumpió atropelladamente Edmée, pero en tono de gran convicción. — Amy está guapísima todos los días y á todas horas.

La joven habíase acercado al espejo.

Amy era realmente hermosa, con hermosura mágica frisando casi en lo ideal.

El porte altivo de la cabeza daba á esta la expresión orgullosa que se observa en la Diana cazadora, del Louvre, teniendo además, de esta diosa, el talle esbelto, con más elasticidad, la noble actitud, con más gracia, y el vigor de formas, con mayor encanto.

De un blanco lilial, discretamente animado por ligero tono de rosa, era el fondo de su tez, que no se coloreaba nunca de ese bermellón brillante, color poco simpático á las parisienses, porque al contrario de que generalmente se cree, en vez de anunciar vigor y salud, dicen ellas que tan irónica frescura es signo evidente de anemia.

Lo transparente de la tez de Amy observábase sobre todo en torno á los ojos, en donde tomaba pálida y uniforme tonalidad azulada, mientras que á la altura de las sienas y en medio de la frente permitía la observación de de las venas en forma de red de líneas azules, apenas perceptibles.

Su boca era pequeña, la nariz recta, las orejas diminutas y bien formadas; y las pestañas, largas y sedosas, interponíanse con frecuencia entre la luz y las negras pupilas, como para franquear la puerta á las reflexiones que acudían de continuo al cerebro de la joven.

Cuanto á sus cabellos, que todas las mujeres le envidiaban, eran de color rubio veneciano muy pronunciado, es decir, aleonados, con reflejos sombríos de extrema finura, y de longitud capaz de formar en torno de su propietaria, al soltarlos ésta, un verdadero manto de rey. La sonrisa de Amy era á veces como la de un niño; mientras que su mirada, en la generalidad de los casos, resultaba fría, no expresando ni la ironía, ni el desdén, ni la cólera, sino sencillamente la reflexión.

Tal era, físicamente considerada, Amy Sabielo, la primera, digámoslo así, de las dos pupilas del marqués Trogoff de Kerbrioret.

Aquella tarde, gracias á su toaleta de baile, notábanse en ella otros encantos.

La transparencia de la aterciopelada piel acentuábase aún en los brazos, en los hombros y en el cuello, donde las venas azuladas formaban redes inextricables.

Dibujado el retrato que precede, fácil ha de sernos presentar á Edmée que se parecía á su hermana como una perla puede parecerse á otra del mismo grosor. La diferencia, para estas últimas, está solo en el grano. Para las dos hermanas esa diferencia estaba en la mirada, y en ella, en ese espejo en que se reflejan los pensamientos era donde se hacía necesario buscar la semejanza entre una y otra.

Los ojos de Edmée eran terriblemente risueños, risueños hasta el punto de resultar inconvenientes, tanto más cuanto que continuaba siendo una niña, una chiquela, no obstante la edad y la reflexión inherente á esta. Pero si á veces, en raras ocasiones, sus ideas frívolas encontraban algo de grave en su camino, sus labios se contraían con muda expresión de desdén.

Desgraciado de aquel que tuviese la temeridad de incurrir en la cólera de la temible muchacha; ésta no conocía obstáculo alguno capaz de oponer resistencia á la agilidad y á la destreza que adquiriera á copia de violentos ejercicios corporales.

Jorge de Mercœur sabía algo de eso.

En resumen, la belleza de Amy era aparente, se imponía como una majestad. La de Edmée, aunque semejante, no podía sin embargo serle comparada.

Por lo que respecta á la de Yvona, tan suave, tan frágil, encontrábase obscurecida por la de sus dos amigas.

Las tres tenían la misma edad: diez y ocho años.

— Todos los días está guapísima, es cierto, — repitió Yvona mirando á Amy en el espejo; — pero no todos los días luce como hoy...

Volvióse Amy bruscamente:

— Mi collar, ¿verdad? — preguntó.

— Sí, tu collar; — balbuceó la bretona ruborizándose.

— Es verdad que Yvona no lo había visto aún; — dijo á su vez Edmée.

— Y eso que he oído hablar de él varias veces á mi tía.

— ¡Ah! — exclamaron gravemente y al mismo tiempo las dos hermanas. — ¿Y qué decía de eso la vizcondesa?

— Hablaba una tarde á sus amigas, y me parece mucho que llegó á olvidarse de que yo estaba allí... De todos modos, no comprendí gran cosa de lo que dijo...

— ¿Pero qué dijo?

— Creo que dijo que ella conocía algunos médicos de talento que darían cualquier cosa por examinar de cerca ese collar.

— ¡Una impertinencia! — observó Edmée que no se preciaba de respetuosa cuando una frase hería su susceptibilidad.

— Espérate mujer, si no me dejas concluir... Mi tía añadió: «Porque ese signo es una negación de la ciencia, á menos...

— ¿Á menos?... — preguntó Edmée.

— No sé más, porque no entendí el final de la frase.

Miró Edmée á su hermana. El semblante de ésta conservaba su serenidad inalterable.

— Afortunadamente; — dijo entonces. — Porque tu tía habla bastante á la ligera, por lo visto. ¡Qué demonio! delante de una señorita no se habla de ciertas cosas.

Sonrió Amy al oír esto y dijo á su hermana:

— Cualquiera pensaría oyéndote que tú eres nuestra abuela... ¿Y cómo sabes tú qué es lo que puede decirse delante de una señorita y qué es lo que debe callarse?

— Esa es una de las muchas cosas que no te importan. Y como yo no soy una señorita, sino un muchachote, según decís vosotros, en nada me perjudica hallarme, enterada de lo que ignoráis vosotras.

Nada en verdad tan curioso como el espectáculo de las relaciones íntimas entre aquellas tres muchachas. Yvona era la muñeca, la niña mimada de Amy, que le servía de mamá, lo mismo que á su hermana; pero Edmée no aceptaba esta afección pseudo-maternal, sino á cambio de una protección visible que ella acordaba á las otras dos.

Ese diablillo de Edmée tenía caprichos verdaderamente raros. Apenas de regreso de sus correrías...

Ali-Akmet, se empeñó en que éste le enseñara la medicina; y el pobre hombre, no sabiendo cómo quitarle de la cabeza idea tan peregrina, hubo de limitarse á ponerla al corriente de los lenitivos más usuales para curar las más sencillas molestias.

Pero no era eso lo que quería la señorita, ni tal modo de comenzar por el principio podía convenir á sus particulares intenciones. Despidió pues á su maestro, y compró libros de Medicina que leía á escondidas de todo el mundo, cosa para ella tanto más fácil cuanto que en casa del marqués gozaba de la libertad más omnimoda. Y llegó un día en que cerró los libros para no volverlos á abrir más.

Había encontrado el porqué de lo que buscaba, y sabía perfectamente que el signo que su hermana Amy ostentaba marcado en el cuello, no podía ser considerado, razonablemente, como un estigma hereditario del crimen.

De este modo, armada con los conocimientos adquiridos fraudulentamente, conocimientos no inscritos aún en el programa de la enseñanza que se da á las señoritas, pretendía Edmée ejercer su autoridad sobre las otras dos muchachas. Bien hubiera querido Amy continuar la conversación en los términos en que se iniciara, porque las últimas palabras pronunciadas por su hermana habían despertado en ella cierta curiosidad; pero Edmée terminó bruscamente el incidente preguntando á Yvona:

— ¿Y qué te parece á ti de ese collar, vamos á ver?

— Que en un cuello cualquiera sería de un efecto desagradable; — contestó la sobrina de la de Aubinisco. — Pero colocado dónde está, me parece todo lo contrario.

— ¿Nada de cumplidos, eh? — dijo Amy sonriendo. — Dejariamos de ser amigas.

— No son cumplidos, sino la verdad pura; — siguió diciendo la joven sin desconcertarse. — Es que es así; basta que te pongas tú una cosa para que ya no resulte la misma. Ponte unos cuantos harapos y parecerás con ellos una princesa, disfrazada de pordiosera. Con ese collar no sólo no impresionas tristemente como le ocurriría á otra cualquiera, sino que parece que te has adornado con una joya más.

Como el lector recordará sin duda, el médico que llegara con los gendarmes para certificar de la defunción de la viuda de Sabielo había dicho, señalando á una de las dos hermanas gemelas nacidas en aquella noche memorable: « No sólo la madre ha sido degollada » mientras que su índice tembloroso señalaba el cuello de la niña rodeado de una línea rojiza que parecía rezumar un poco de sangre clara.

Pues bien: ese extraño signo, que según declaraba el doctor poco después no era ni una herida ni una cicatriz, había ido acentuándose con el tiempo, haciéndose más visible á medida que crecía Amy.

Mirándolo de cerca, pero muy de cerca, un examinador atento habría podido observar, á lo largo de la línea rojiza, ciertas fingidas asperezas semejantes á las que constituyen el soporte calcáreo del polípero llamado coral con el que se fabrican collares y otras joyas.

Es decir, que visto de cerca, era realmente un collar de exquisita finura: el deseo ó *antojo* de su madre.

Pero á una mayor distancia, á aquella que Amy no habría permitido acortar á ninguno de sus numerosos admiradores, el collar de la muchacha tenía en absoluto la forma y aun el color de un tajo recientemente dado en el cuello.

Y la ilusión resultaba tanto más completa cuanto que en el lado izquierdo aparecían dos ó tres al modo de perlas rojizas semejando gotas de sangre procedentes de los labios de la herida y próximas á rodar á lo largo de la garganta.

El efecto era en verdad sorprendente.

Como es natural, ese efecto desaparecía mirando durante algún tiempo; porque entonces advertíase que las supuestas gotas no acababan de caer nunca.

La primera vez que el marqués llevó á sus pupilas á una reunión Amy fué el blanco de todas las miradas, por efecto del signo que en el cuello llevaba; y como el gentilhomme no era que digamos muy hablador, especialmente cuando se trataba de secretos ajenos, y como nadie sabía á ciencia cierta lo que aquella extraña marca significaba, hicieronse acerca de la misma infinitas hipótesis, y aun no faltó quien supuso que se trataba sencillamente

llamente de un original y bien hecho dibujo con pretensiones de adorno.

Pero volvamos á nuestro asunto. Confusa por la declaración admirativa de Yvona, amenazóla Amy con el dedo, diciéndole al mismo tiempo con voz que en vano se esforzaba por hacer enojada :

— ¡Basta de cumplidos, he dicho! O te callas ó reñimos para siempre.

— ¿De modo que á ti no se te puede decir la verdad so pena de reñir? preguntó Edmée. — No sé porqué has de creer siempre que no son sinceros los elogios que de ti se hacen. En realidad eres tú la que piensa mal de nosotras. No hay muchacha, por modesta que sea, que no sepa á ciencia cierta lo que vale ó deja de valer...

— ¡Una cabalgata! ¡Una cabalgata! — gritó en esto Yvona lanzándose hacia el balcón.

Llegaban en efecto hasta allí, desde la plaza de la Estrella, los ecos de alegre trompetería, confundidos, mezclados con gritos estruendosos, ruido de risas, y rumor creciente de multitud en marcha.

Abrióse en el mismo momento la puerta del cuarto, apareciendo en el vano la vizcondesa de Aubinesco, quien se quedó como quien ve visiones al observar los desnudos hombros de Amy, que le volvía la espalda.

— ¡Muy bien, señoritas! — exclamó en tono de burla mesurada. — Mascarada en la calle y mascarada en casa... ¿Pero qué es eso, Amy? ¡Usted, la más seria de todas, vestida ya con traje de baile, cuando aun faltan seis ó siete horas para que se abran las puertas de la Opera!...

Es un capricho de Edmée, señora, replicó algo confusa la joven, volviéndose hacia su interlocutora. — ¡Qué quiere usted hacerle! Cuando no dispone de sus caballos, ni de sus floretes, ni de sus pistolas, la pobre parece un alma en pena... De modo que no he tenido más remedio que servirle de muñeca. Ahora va á vestir á Yvona...

— Pero cómo, ¿es que va á continuar esta locura?

Hemos de advertir aquí que si los caprichos de Edmée, aun los más extravagantes, no encontraban seria oposición por parte del marqués ni de su hermana, debía á

que el doctor Ali-Akmet, para quien significaba poco el aspecto saludable de la inquieta muchacha, les había hecho comprender que era víctima de una enfermedad cardíaca latente que podía hacerse gravísima á la menor contrariedad.

Aquella tarde, al oír á la vizcondesa, y creyéndose aludida por ésta, apresuróse á contestar con su natural impetuosidad :

— No sólo vamos á continuar la locura sino que pensamos completarla.

— ¿Completarla?

— ¡Vaya! Vistiéndola á usted también. Digo, si es que se digna aceptar los servicios de tres nuevas camareras.

Iba á contestar, sin duda negativamente la dueña de la casa, cuando una mirada suplicante de Amy la contrató. Ella ignoraba la docta sentencia del doctor Ali-Akmet respecto á la enfermedad latente de Edmée; pero segura de que Amy, tan seria siempre, debía tener algún poderoso motivo para suplicarle silenciosamente con la mirada, después de haberse condenado ella misma á servir de maniquí á su hermana, se expresó de este modo :

— Debo advertir que yo soy insufrible para mis camareras, sobre todo cuando se trata de embutirme en un traje de baile. Lo menos habrá de trabajar usted una hora, señorita, antes de dejarme vestida á mi gusto; y me parece que no va usted á tener paciencia para imponerse semejante sacrificio.

Esto equivalía á soplar el fuego; porque aun cuando Edmée no era testaruda por naturaleza, gustaba de realizar sus propósitos una vez concebidos.

— Tanto mejor, — dijo riendo. Esto me proporcionará tal vez ocasión para corregirme de un defecto.

— ¿De modo que no hay medio de escapar?

— Ninguno : precisamente el número de usted es el mejor de mi programa.

— ¿Conque también programa? ¿Pero usted sabe lo que significa...

— ¿Esa palabra? Ya lo creo; me lo ha enseñado nuestro amigo Jorge, que es candidato á las próximas elecciones.

Oyendo estas razones, no pudo dominar la baronesa la hilaridad, y durante un momento su risa franca y ruidosa resonó en el cuarto; la idea del clubman Jorge de Mercœur hablando en la Cámara y haciendo un discurso pletórico de vocablos ingleses, regocijaba en extremo á la buena señora.

Cuando se hubo calmado un tanto su risa espamódica, Edmée siguió diciendo.

— ¿No debe comer hoy con nosotros?

— ¿Quién, Jorge? Sí, cuento con su formal promesa: « *Word sacred* » como él dice. Y también cuento con la presencia del amigo Jaffary.

— ¡Magnífico! De aquí á la hora de comer tenemos tiempo para prepararnos... ¡Verán ustedes qué sorpresa la de esos caballeros cuando vean cómo nos hemos vestido para recibirlos!

— Sí, no dejará de ser agradable para nosotras gozar del espectáculo de su admiración; — dijo la vizcondesa.

— Pero ¿no les parece á ustedes que si después hemos de permanecer hasta media noche sin movernos por no estropear nuestras toaletas, la cosa no va á resultar muy divertida?

— ¿Sin movernos hasta media noche? — replicó Edmée con tono decidido. — ¿Quién ha dicho tal cosa? Esos señores tendrán mucho gusto en llevarnos al Odeón. Así como así hace ya mucho tiempo que deseo oír *Severo Torelli*... Al salir del teatro será ya hora de ir á la Opera... Vaya, ¿qué dicen ustedes de mi idea?

— Excelente, pequeña; — dijo la de Aubinesco. — Conque manos á la obra. Haga usted de mí lo que quiera, pero sobre todo no me torture mucho, ¿eh?

Los hermosos ojos de Amy agradecieron á la vizcondesa su sacrificio con elocuente mirada, mientras que Edmée, chiquilla como siempre, disponíase á satisfacer su capricho.

## XIV

## REGOCIJO POPULAR

La fiesta de la *Mi-Carême* no es en realidad otra cosa que un retorno ofensivo de esa locura llamada Carnaval, que se traduce, en todos los pueblos, en disfraces, licencias y mascaradas.

Ligero y chispeante en Francia, excéntrico y triste en Inglaterra, pesado y sensual en Alemania, entusiasta y ruidoso en Italia, grave y monótono entre los eslavos, el Carnaval debe llegarnos en línea directa de Adam y Eva por cuanto la humana locura parece ser contemporánea de la creación. Tras los misterios egipcios y las bacanales griegas y las saturnales romanas, la edad media tuvo su fiesta de los locos y los inocentes, que se celebraba en casi todas partes. En París tenía lugar en la basílica de Nuestra-Señora. En el siglo quince tuvo Dijon su compañía de la Madre loca, y Aix su procesión del rey René. Mas tarde fueron instituidas la fiesta de la vendimia, la danza macabra, etc.

Pero como no es nuestro ánimo hacer aquí la historia del Carnaval, cosa que nos llevaría demasiado lejos, diremos tan sólo que el que hoy se celebra no se distingue en nada de los carnavales pasados, ni de los de la antigüedad, á no ser en lo que tiene de grosero y de insignificante.

Nada de agudezas, nada de sal ática, nada de intrigas, nada de ingenio. En la calle se entiende.

La monotonía y decaimiento de esta fiesta popular al aire libre prueba por modo irrefutable que la antigua alegría gala, sazónada de sencillez, de gracia un tanto pesada ó de ingenio incisivo, si no ha muerto en absoluto, se halla por lo menos en peligro de muerte y llamada fatalmente á desaparecer.

Ya sabemos la siniestra noticia que aquella misma mañana había circulado por todo París; pues bien, á pesar de ella, no obstante la temperatura húmeda y fría, y aun cuando las nubes dejaban caer de cuando en cuando algún chaparrón, los aficionados á las mascaradas debían marcar aquel día con piedra blanca, tanto más cuanto que desde la abolición del triunfal paseo del bucy-gordo, no andan que digamos muy sobrados de espectáculos callejeros.

Enorme muchedumbre llenaba los bulevares desde las dos de la tarde, circulando por ellos con pena bajo la paternal vigilancia de los guardias de la paz, cuyo robusto brazo se levantaba de vez en cuando para detener la marcha de ómnibus y carruajes á fin de permitir á la masa de curiosos el paso de una á otra acera, sin peligro de lamentables accidentes.

El público parecía decidido á divertirse á toda costa, á burlarse de todo y de todos, á aprovechar un pretexto cualquiera para dar rienda suelta á su buen humor. Sin embargo, no obstante estas excelentes disposiciones es de creer que el popular regocijo no habría encontrado ocasión de manifestarse en toda su intensidad, á no ser por nuestros antiguos conocidos los criados de casa del marqués de Kerbéroët, que debían, gracias al permiso obenido, aportar una nueva nota de color y de alegría á la bulliciosa fiesta de la Mi-Carême.

Porque hay que decir, en honor á la verdad, que las máscaras á pie eran tan escasas en número como poco elegantes, pues la mayor parte de ellas se cubrían con trajes de colores ya destenidos que debieron rodar infinitas noches por los salones de baile de extra-muros y ser empapados por el sudor de no pocas generaciones de locos sin un céntimo.

Entre los disfraces femeninos velanse algunos pajes, que no daban por cierto idea ni siquiera aproximada del lujo desplegado por las cortes de otros tiempos, y que embutían, en calzas de punto, pantorrillas gordas ó flacas, produciendo un conjunto que causaba pena, en vez de despertar la admiración ó el entusiasmo. Había además jardineros, aldeanas, arlequines, y descargadoras perfectamente dispuestas á descargar todo lo que se presentase.

Cuanto á los hombres, mosqueteros apollados, soldados húngaros de guardarropía, y clowns sin duda en disponibilidad desde larga fecha, y nada más. Eso era cuanto había que ver; un espectáculo ilusorio, con la esperanza del cual almorzaron de prisa y corriendo algunos centenares de miles de excelentes y confiados burgueses.

De vez en cuando, muy de tarde en tarde, descendía de las alturas de Montmartre, alguna que otra banda alegre; eran artistas de buen humor que, provistos de enormes narices, los faldones de la camisa por encima del pantalón y vueltas del revés las chaquetas, formaban cortejo á una recién casada del sexo masculino, que paseaba ruborosa su enorme barba negra y exhibía con orgullo su colosal estatura de tambor mayor.

Claro que tal mascarada carecía en absoluto de novedad, pero ¡qué importaba! Cansada de esperar la cabalgata oficial, llamémosla así, la multitud acogía con aplauso á los bohemios, y celebraba su buen humor con tanto más entusiasmo cuanto que por ello no había de pagar cantidad alguna. Y sólo dejaba de aplaudir la grotesca comitiva nupcial para fijar su atención en los carros, adornados en general con pésimo gusto, que anunciaban las excelencias de los productos de la casa X... ó del industrial Z...

Aparte los disfraces poco costosos, como el de las muchachas que llevaban con garbo el traje masculino ó el de los jóvenes que creyeron deber abdicar por un día de su sexo, ó el del señor triste disfrazado de hazmerreir, los honores de la fiesta, en la prima tarde, correspondían de derecho á los niños.

Pastores mofletudos y anémicas pastoras con los

cayados provistos de lazos multicolores, marqueses y marquesas del antiguo régimen con sendas pelucas empolvadas, se saludaban, se confundían, codeándose, mirándose unos á otros con envidia ó con admiración, en medio á la alegría de sus esponjados progenitores. Un general de siete años, olvidándose de las prerrogativas de su alta jerarquía militar, deshacíase en saludos reverentes ante un simple coracero de su edad, solemne y orgulloso con su armadura de latón, y los que rodeaban á los niños aplaudían la ingenuidad del general y la marcial prestanza del diminuto coracero.

Sí, la multitud se divertía esperando. Pero ya empezaba á desesperar, y los más impacientes hablaban de ponerse al abrigo de la humedad, esparciendo, con objeto de desanimar á los demás, la noticia de que entristecidas por el asesinato del Gran Hotel las lavanderas habían renunciado á salir en cabalgata, cuando á eso de las tres menos cuarto de la tarde, los sonos de los clarines invitaron á los curiosos á agruparse al borde de las aceras.

La deseada cabalgata aparecía en fin, desembocando por la plaza de la Opera.

Precedidas por veinte guardias franceses con uniforme azul, las reinas de las lavanderas, encaramadas en los pescantes de los carruajes, enviaban sonrisas y besos á derecha é izquierda, mientras que tras ellas los individuos que componían sus cortes peroraban con gran regocijo de la multitud, que aplaudía, aun sin oírlos, sus improvisados disparates.

Tras de los coches de las reinas marchaban otros seis de la compañía en los que se pavoneaban majestuosas, coloradas como peonías, plétóricas de salud, las más hermosas vendedoras del mercado.

Y tras esos carruajes, cerrando la marcha, seis monteros á caballo, vistiendo rojas túnicas, atronaban el espacio con los roncós ecos de sus trompas de caza.

Mientras que los curiosos agrupados en el bulevar de Capuchinas daban por bien empleado el tiempo que pasaran esperando la cabalgata, presenciando el desfile de la misma, los que se hallaban en la plaza de la República, divertíanse también á su modo, gracias á la pre-

sencia de un soberbio landó adornado con cintas policromas y con innúmeras flores, y tirado por dos caballos caparazonados hábilmente con arneses de papel. En el pescante, una respetable dueña quintañona conducía uno solo de los caballos, pues el otro iba montado por elegante postillón que manejaba bien las riendas. Ocupaban el carruaje cinco personas; en el delantero, dos clowns de sexo diferente; y en el testero un precioso pierrot hembra, llevando á su derecha á S. M. Luís XIV y á su izquierda al dios Amor.

Las siete máscaras llevaban careta; y como por otra parte las portezuelas del coche estaban tapadas con un velo, una ramilletera que allí procuraba vender su mercancía hubo de exclamar:

— ¡Esos son de la goma! Con seguridad que hay un escudo en cada portezuela; por eso las han tapado. Pero los denuncian los caballos... ¡Cualquiera encuentra caballos como esos para alquilar!...

Precisamente en aquel momento, y como para darle razón, el clown hembra preguntaba á su vecino:

— ¿No ha llegado aún el momento de que abramos la bolsa, duque?

— Hay que esperar á que nuestro señor dé la orden de empezar los regalos; — respondió el clown macho, dándose una formidable palmada en el muslo.

Luego, inclinándose al oído de su compañera, exclamó:

— Para mí el mejor regalo sería que me dejaras ver lo que hay en tu bolsillo, que está roto...

El clown hembra se apartó con viveza llevando ambas manos á su amplio pantalón, mientras bajo la línea del antifaz aparecía visible ligero rubor, que fué causa de que la ramilletera exclamase con cierta envidia:

— Debe ser muy galante ese duque.

Aun á riesgo de que sea mal interpretada nuestra franqueza, hemos de consignar aquí que el pueblo de París, el más espiritual del mundo, es esencialmente crédulo.

Los curiosos más próximos al carruaje pudieron oír tan sólo la primera parte de la contestación del clown, y como la ramilletera formulase en voz alta esta moral idea: «tendría que ver que pudiese ganarme el jornalito

sin trabajar » fueron no pocos los que echaron á andar tras ella en seguimiento del carruaje que penetraba ya en el bulevar San Martín.

Todos ellos, sin saber porqué, esperaban poder participar de los regalos de que se acababa de hablar.

En cambio, la dueña que encaramada en el pescante conducía uno de los caballos hubo de oír toda la contestación, porque volviéndose un poco, é inclinándose ligeramente, dijo con grave tono de reconvención.

— Quietas las manos, cocinero.

Y sacando luego de un bolsón algunas hojas impresas, dióse á gritar con voz gangosa :

— ¿ Quién compra el *Adelante*? ¿ Quién lo compra, quién lo compra ?

En la multitud que rodeaba al coche se produjo un movimiento de retroceso cuando aquel llegó á la altura del faubourg Saint-Denis ; milagrosamente no hubo desgracias que lamentar, pues cada vuelta de las ruedas amenazaba con atropellar á alguno de los curiosos, la masa enorme de los cuales impedía el avance del carruaje, cortándole al mismo tiempo toda retirada.

— ¿ Quién ha dicho que son de la goma ? — gritó un carnicero. — ¡ Las narices !... Esos son unos muertos de hambre, del ejército de salvación, como si lo viera.

— ¿ Y usted qué sabe ? — replicó la ramilletera, que decididamente aún esperaba arramblar con algunos cuartos. — ¿ Quién le dice á usted que no hacen esas tonterías para alejar á los incrédulos ? Espérese un poco y veremos.

La inesperada proposición de venta que hiciera la dueña hubo de restar algunos partidarios á la ramilletera, y á la sazón eran muchos los que opinaban como el carnicero ; sin embargo, como sucede generalmente que en los momentos en que se desespera se sigue aún esperando, creyentes é incrédulos continuaron siguiendo al carruaje, por si acaso.

Equivocábase la ramilletera creyendo gente aristocrática á los ocupantes del coche ; no tenían de tal más que lo que habían podido adquirir rozándose con aristócratas de verdad. Pero en el razonamiento de la vendedora de flores había algo de exacto, puesto que los caballos y el

landó pertenecían al marqués Trogoff de Kerbiroet.

Es decir, que el continente era aristocrático, aun cuando no el contenido.

Dice un antiguo proverbio que el comer y el rascar todo es empezar. Así debían entenderlo los sirvientes del marqués, pues aprovechándose de veras de la ausencia de su amo, habían convertido en huelga completa, el permiso que Amy y Edmée les concedieran para salir durante la velada.

El flamante postillón no era otro que el cochero, á quien sus compañeros hubieron de convencer para que arreglase un poco los caballos con objeto de dar golpe en el bulevar.

Nuestros lectores han reconocido ya con seguridad en la dueña-cochera, á la digna costurera de blanco, custodio de la moral.

El clown macho era el cocinero, y el clown hembra Pauleta, la camarera de Edmée.

Cuanto al magnífico Luis XIV, á la orgullosa Montespan disfrazada de Pierrot, y al travieso dios que acompañaba á ambos, llamábanse en realidad Pedro, Claudina y Susana, y desempeñaban respectivamente las funciones de ayuda de cámara, de camarera y de lavaplatos, en el hotel del marqués.

Con evidente abandono, de mal gusto, que pretendía ser remedo del desprecio que por sus súbditos mostraba el rey-sol, pero que olía de lejos á Ruy Blas, el Luis XIV del coche había pasado impudicamente su brazo izquierdo por detrás de su compañera para acariciar al Amor, mientras que su mano derecha se ocupaba en asegurarse de la plasticidad de formas de Claudina, sentada á su lado.

Los gritos y risotajas de las tres mujeres, pues no obstante las advertencias de la dueña el clown seguía conduciéndose de modo deplorable con su compañera, divertían á la multitud, siempre propensa á entretenerse con tales espectáculos, poco costosos, aunque bastante regocijados.

— Sire, — dijo de pronto la compañera de Luis XIV cuya risa inextinguible debía reconocer una causa que nos guardaremos bien de investigar, — ved cómo las

gentes del señor La Reynie, vuestro intendente de policía, maltratan á un recluta.

Claudina hacía alarde de sus conocimientos históricos tratando de recluta á una muchacha disfrazada de soldado que pugnaba por escapar de las manos de dos agentes que la conducían detenida á causa de su disfraz, prohibido por considerarse como un insulto al ejército su exhibición en las mascaradas.

Bien dispuesta estaba la multitud compasiva para arrancar la víctima á los polizontes, y bien hubo de comprenderlo así Pedro; sin embargo no se atrevió á dar á sus súbditos la señal de la insubordinación. De ahí que la advertencia de Claudina, quien de seguro habría hecho mejor uso de su poder de hallarse en la piel del falso Luis XIV, no tuviera otro efecto que el de que todos viesan cómo la patriota incomprendida desaparecía por la esquina de la calle de Aboukir en la cual se encuentra una prevención.

Molestado por no haber sabido adivinar á tiempo la intención de su compañera y las turbulentas disposiciones del público, cesó Pedro de hacer tonterías y hubo de encerrarse en absoluto mutismo del que no parecía dispuesto á salir en mucho rato.

Sin embargo, la multitud aumentada á cada momento, continuaba dando escolta al coche engalanado.

Este, que seguía dirección contraria á la marcada para el paso de la cabalgata de las lavanderas, debía fatalmente encontrarse con los coches ocupados por dichas damas, y así sucedió en efecto, produciéndose la colisión en el bulevar Montmartre, frente al antiguo restaurant Brevant. Y como ni una ni otra de las dos masas de gentes que seguían tras los carruajes se manifestaba dispuesta á renunciar á seguir en pos de lo que momentáneamente era objeto de su admiración más ó menos sincera, prodújose allí un alto forzoso en la marcha de ambas comitivas, durante el cual los que marchaban á la cabeza prodigáronse toda clase de epítetos, no todos del mejor gusto ni de los menos mortificantes.

Agriábase un tanto la cuestión y era fácil preveer que de las palabras podía pasarse á los hechos en brevísimo espacio de tiempo; hacíase pues preciso evitar un con-

flicto que tal vez la policía no podría reprimir fácilmente.

Entonces salió Luis XIV de su mutismo, y con voz estentórea dió al fin la orden tan esperada por la ramilletera, que caminaba entre empellones, pegada siempre al carruaje.

— ¡ Los regalos ! — gritó Pedro.

— ¡ Regalos, regalos ! — se oía gritar á todo el mundo.

La ramilletera abrió su paraguas y lo empuñó por la contera, dispuesta á recibir en el enorme hueco la mayor cantidad posible de aquellas monedas que, según ella creía, iban á llover de un momento á otro. Los demás esperaban, con ansiedad curiosa, preguntándose, tanto los que ocupaban los carruajes, como los que pateaban impacientes sobre el asfalto, qué era lo que podían contener aquellos enormes sacos, hasta entonces ocultos, bajo los asientos, y que acababan de sacar de su escondite las máscaras ocupantes del coche del postillón.

No tuvieron que esperar mucho tiempo. La deseada lluvia se produjo al fin ; no una lluvia de monedas, como ambicionaba, con humana y comprensible codicia la ramilletera, sino de algo muy distinto y de valor muy discutible.

De pie en los asientos, semejantes á mitológicos dioses polares por efecto de sus albos disfraces, el pierrot-hembra y el clown del sexo femenino, acompañados del amor y de Luis XIV, inundaban la multitud de minúsculos y redondos papelitos blancos que parecían nevarlo todo, con no poca admiración y regocijo de la multitud estupefacta.

La costurera disfrazada de dueña, de pie en el pescante, distribuía á puñados los ejemplares del *Adelante*, aconsejando á todo el mundo que pensara en la eterna salvación.

El público, que tiene alma de niño, ovacionó á los audaces novadores que acababan de introducir en París el confetti.

Resonaron entonces los clarines y las trompas ; pusiéronse de nuevo en marcha los carruajes, y reconciliados

los dos bandos en que se dividiera la multitud, siguió cada uno de ellos á sus héroes respectivos.

Debemos en este punto rectificar una afirmación errónea en que ha incurrido casi toda la prensa de París al afirmar que fué durante el carnaval de 1892 cuando los confetti hicieron su primera aparición en la capital de Francia. Fué en efecto en esa fecha cuando la costumbre italiana, tan en boga en Niza desde hace tiempo, tomó carta de naturaleza en los bulevares parisienses y en los bailes de la capital; pero como precisa dar al César lo que es del César, conviene consignar que en la tarde de la Mi-Carême de 1889 el boulevard Montmartre de París, recordaba, por efecto de los confetti, el célebre paseo de los Ingleses, de Niza. Los que tuvieron ocasión de pasar por él en aquel entonces, no nos desmentirán seguramente.

La idea y la ejecución de la novedad correspondía, de derecho, al cocinero del marqués, quien hubo de pasar la noche anterior á la fiesta cortando papelitos.

Como toda novedad se implanta con mucha más lentitud de lo que generalmente se cree, fueron precisos tres años para que un comerciante se decidiese al fin á establecer una verdadera industria, basada en la fabricación automática de esos productos carnavalescos que tanta aceptación han tenido más tarde.

Dejemos continuar su triunfal paseo á las gentes del marqués Trogoff, que satisfechas de la diversión habida, dieron más tarde con sus cuerpos en un restaurant donde debían reparar las perdidas fuerzas para acudir más tarde, ágiles y bien dispuestos, al famoso baile de la Opera.

También se divirtieron á su modo, en la prevención de la calle de Aboukir, los agentes de servicio, pues con pretexto de obligarla á respetar el uniforme militar de que se había revestido indebidamente, el cabo ordenó á la patriota detenida en los bulevares que se desnudase en su presencia, por representar él al Estado, á quien todo el mundo debe acatamiento.

Afortunadamente para ella la pobre muchacha había conservado algunas de las prendas interiores de su sexo, y llevaba en un paquete el vestido femenino hábilmente plegado.

Fuera, en la calle, el ruido era ensordecedor, dominando el tumulto las notas estridentes de los instrumentos de viento. No es posible imaginar el sin número de instrumentos de esa clase que salen, nadie sabe de dónde, en las grandes ocasiones. Es cosa de creer que el supremo placer de mucha gente consiste en romper el tímpano de sus semejantes, y diríase en verdad que para buen golpe de ciudadanos el colmo de la dicha consiste en soplar, no importa cómo, en cualquier instrumento.

En cada esquina de cada calle, algún efebo ocupábase en soplar en una embocadura cualquiera, sin detenerse ni aun para respirar como si del soprido dependiese su dicha en este mundo ó su salvación en el otro.

Nada tan espantoso, tan cacófono, como aquella infernal algarabía de clarines, bugles, cuernos, trompas y cornetines con pistones y sin ellos. Había para volverse loco.

La patriota del uniforme, al salir de la prevención donde dejó aquel, dió con una banda de trompeteros que se la llevaron hacia el barrio latino. Presentada aquella misma noche á la dueña de la cervecería patriótica de las lavanderas, quedó por esta contratada para servir de modelo de bravura á los estudiantes que componían su clientela.